

VICTORIA OCAMPO Y SUR

Julio Ortega
The University of Texas at Austin

Varias veces Victoria Ocampo ha contado los orígenes de *Sur*, que son también un capítulo inicial de su biografía de protagonista de la cultura. *Sur*, nos dice, proviene de un “acontecimiento fortuito: la llegada del norteamericano Waldo Frank (el autor de *España virgen*) a Buenos Aires, en gira de conferencias, y mi encuentro con él y con quien traducía las conferencias del nuevo amigo. El traductor, argentino de 25 años, era autor de un libro de cuentos y redactor de *La Nación*: Eduardo Mallea. Tanto Frank como su traductor decretaron que una revista tenía que nacer de nuestro encuentro. Se necesitaba”.¹

Como se ve, la escena es ligeramente emblemática. Nada resulta fortuito en esta ecuación del destino público de *Sur*: la componen un prestigioso visitante extranjero, un joven escritor y traductor, una mujer que de las grandes tareas hace necesidad. Estamos, además, al inicio de una década, la de los años 30, que es de recomienzos y promesas. Parecen, otra vez, los tiempos propicios de las empresas mayores. Los trabajos de Victoria Ocampo irán a reconocer esta entonación inaugural, esta virtualidad.

Luego del encuentro con Waldo Frank, Victoria Ocampo lleva a New York la idea de la revista. Desde allí le escribe a José Ortega y Gasset: “. . . ahora que he visto lo que he visto, pienso que Sudamérica no les debe ceder una pulgada (a los vecinos del Norte)”. Admira la energía norteamericana, pero toma distancias. La carta, que está escrita en francés a un español que ella admira, no es menos emblemática. Acaso poseída por su misión naciente, decide volver a Buenos Aires por barco para, de alguna manera, confrontar la idea de la revista con nuestras realidades. Desde Lima (el 16 de junio del mismo año 30) vuelve a escribirle a Ortega y Gasset: somos, le dice, “miserables e incapaces de comparación”. Pero la necesidad de responder, la convicción de una tarea propia, se reafirma: “Padezco a América por una buena razón: soy americana”. Esta confrontación del viaje de regreso no es menos ilustrativa. Asfixiada por la realidad de los puertos del Pacífico, cuenta ella, vuelve a su camarote a escuchar Debussy. “Debussy = Oxígeno = Europa”, concluye; y esta ecuación es también transparente.

1 Victoria Ocampo, “Vida de la revista *Sur*. 35 años de una labor”, en *Sur* (Nos. 303-304-305, nov. 1966-abr. 1967).

Victoria Ocampo evoca este viaje a través de su correspondencia con Ortega y Gasset en la introducción que escribe, 35 años después, para el tomo de Índices de *Sur*². El texto de la autobiografía se trama, de ese modo, con el peculiar sentido americano que recupera para su empresa fundadora: *Sur* será ese “oxígeno”, esa voluntad de espacio abierto, ese viaje de ida y vuelta que es un intercambio fecundo; y que es al mismo tiempo una forma del optimismo ilustrado y un drama cultural del sujeto protagonista.

“He aquí mi proyecto —le dice a Ortega—; publicar un revista que se ocupe principalmente de problemas americanos, bajo varios aspectos, y donde colaboren los americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen en América”. Quizá el proyecto le resultó demasiado “americanista” al corresponsal, quien le responde: “Todo el mundo parte, como de dos supuestos indiscutibles, de estas dos proposiciones: Europa está en decadencia - América está en auge. Como a mi juicio ambos son no sólo dos radicales errores sino dos errores ingenuos, claro es que me parece deplorable equivocación cuanto se derive de ellos como de dos axiomas”.³ Pero el maestro se equivocaba: quizá Europa no estuviese en decadencia, pero América sí estaba en auge: como Victoria Ocampo, podían los americanos descubrir una nueva Europa y hacerla parte suya; como Borges, podían inventarse una, más propia aún; como Carpentier, podían, en efecto, declarar que estaba en decadencia y que era preciso reescribirla desde el texto plural de Hispanoamérica. *Sur*, pues, intentaba ser la mediación de un espacio abierto entre América y Europa; lo cual no era una empresa sencilla. Como toda mediación, requirió dar cuenta de sus códigos, redefinidos, sustentarlos. Ya el primer número, explica Victoria Ocampo, fue recibido con hostilidad. De allí también la otra necesidad suya: la de explicarse; la de responder. Un ligero tono polémico irá subrayando los recuentos de su empresa.⁴

-
- 2 Ella cita de su correspondencia con Ortega y Gasset, de la cual, nos dice, ha recibido copia del archivo del escritor español. Este relectura de su correspondencia sobre los orígenes de *Sur* es un recorrido que el balance a posteriori hace coherente. Para completar el cuadro, por cierto, sería preciso conocerla en detalle.
 - 3 Citado por V.O. de una carta de Ortega. La idea spengleriana de un resurgir americano frente a un declinar europeo fue intensa a fines de la década del 20 y comienzos de la del 30 en América Latina. Por cierto, la *Revista de Occidente* había difundido ese debate en torno a Spengler.
 - 4 En este mismo texto introductorio a los Índices, V.O. resume: “En los dos primeros tercios (1931-1957) de la vida de *Sur*, han aparecido en sus páginas los nombres de los ensayistas, novelistas y poetas de mayor fama mundial”. Esto es muy probablemente cierto. Cyril Connolly (“Little Magazines”, *The Evening Colonnade*, New York, 1975, pp. 375-386) distingue entre revistas “dinámicas” y “eclécticas”; las primeras son las que representan a las vanguardias, son efímeras y no atienden al pasado; las otras se definen tanto por lo que incluyen como por lo que excluyen, y se sostienen en los nombres más visibles. *Sur* corresponde a esta segunda categoría. Las grandes ausencias de *Sur* son, claro, locales: Vallejo y Neruda, sobre el primero sólo una reseña, del segundo un poema y un par de reseñas. Esto hasta el número de los Índices (1967).

El primer número traía una "Carta a unos desconocidos" de Driu la Rochele; allí se lee esta convocación: "No es necesario decir: cantaré el amor argentino. Es necesario decir: cantaré el amor. Sólo más tarde se advertirá que vuestro canto de amor sonaba de una manera que no se oye más que en Argentina. . ." También en su colaboración Waldo Frank se remite al futuro: "Del Brasil deberá surgir, si es que esto ha de suceder en alguna parte, la cultura tropical del Nuevo Mundo". Esta postulación del futuro es propia de la época; pero es así mismo otro signo de la revista y su apertura. Es, al mismo tiempo, un gesto natural de Victoria Ocampo: las memorias de *Sur*, esa biografía del hacer, suponen incluso lo que no se pudo hacer. El rol protagónico puede también ser virtual: Eisenstein, por ejemplo, pudo haber ido a Buenos Aires, según nos reitera Victoria Ocampo, y esa posibilidad es otro indicio del espacio aperturado por sus esfuerzos.

Por lo demás, a la hora del recuento, y en contra de la polémica, ella sostenía que la revista fue siempre "liberal". Rasgo éste de su posición universalista y anti-autoritaria, de la que ella dió buena prueba. También en ésto la revista testimonia a la biografía: Driu la Rochele y Ortega y Gasset se retiraron del Consejo de Colaboradores por diferencias políticas. Hay que decir que Victoria Ocampo respondió con dignidad política en ambos casos, a pesar del alto costo de esos amigos. Perón trató más tarde, y en vano, de humillarla. Sin duda, la conducta liberal de Victoria Ocampo es de una estirpe poco común, y se sustenta en su conciencia de clase, que ella percibe como patricia. Una clase fundadora de países y revistas. Y a veces con más éxito en lo segundo.

Cuando ella escribe el recuento de 35 años para el tomo de Indices, llega la noticia de la muerte de Waldo Frank. Se impone una (larga) Posdata: "Waldo Frank y *Sur*", que es, naturalmente, otra indagación autobiográfica. Está por estudiarse la gravitación latinoamericana de este escritor, cuyas convicciones resultarían más importantes que sus libros. En su Posdata, ella recuerda el terrible episodio en que un grupo de fascistas argentinos asaltó brutalmente a Waldo Frank, quien se alojaba en su casa. Había él escrito un artículo crítico: "Adiós a la Argentina". Ponía a prueba, con su vida, su actitud libertaria. Para los nazis argentinos, nos dice Victoria Ocampo, no era sino "un judío izquierdista". La pérdida de aquellos colaboradores ilustres, pero sobre todo este episodio sangriento, anuncian que los tiempos eran otros.

Los tiempos cambiaban con excesiva prisa para una revista cuyo código de la mediación no podría sobrevivir a la ruptura precisamente de los códigos más estables. Una empresa de cultura que se definía como un puente entre ambos mundos, entre Europa y América, estaba inevitablemente sujeta a la transformación de esos polos, y la pregunta de qué Europa y de qué América se trataba era una pregunta pertinente. Quizá, aparte de los inicios legendarios, la mejor

época de *Sur* tuvo lugar en los años 40: la mediación se cumplía entonces como un espacio privilegiado. Son, claro, los años de plenitud de Borges. En 1950 un número triple celebraba los primeros veinte años de la revista.

Después, en los años 60, *Sur* se haría más latinoamericana. Victoria Ocampo, con inteligencia, cedía responsabilidades. Le gustaba repetir la famosa sentencia de Eliot al final de su declinante papel de director en *The Criterion*: "Sixteen years is a long time for a man to remain editor of a review".⁵ Incluso para una mujer, por añadidura precursora del feminismo. Los tiempos de *Sur* eran varios tiempos; y ya ahora los de la memoria y las Memorias. No es de sorprender que tratándose de Victoria Ocampo ello suponía rescatar el modelo del comienzo, el viejo propósito mediador, en cuya naturaleza están lo nuevo y lo virtual. Esa era su fuente de energías: había reconocido lo nuevo, y había vivido la promesa de los hechos recientes.

Esta práctica cultural de aperturas no tuvo una teoría cultural articulada, aunque ella es por cierto deducible, y no pocas veces transparente. Una de estas veces tiene que ver con Borges (cuyo "desagravio" fue uno de los momentos más altos de *Sur*). En efecto, en unas páginas para otro homenaje a Borges, ya en 1969, Victoria Ocampo sólo tiene que volver al comienzo: a evocar los tiempos en que Borges no era todavía Borges. Pero esta vez ella cree oportuno discutir la teoría del lector que Borges ha puesto al frente de sus *Obras completas*. Allí se lee: "Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo precisamente. Nuestras nadas poco difieren; es trivial y fortuita la circunstancia de que seas tú el lector de estos ejercicios y yo su redactor". Ella comenta así: "lo que afirma es cierto, pero no del todo. Si bien creo con él que hay gente que lleva dentro poemas que jamás conseguirá transferir a la letra, niego que este genio latente lo tengan todos y que nuestras nadas, a este respecto, difieran poco. Por lo contrario, difieren mucho".⁶ Ya se ve que Borges y Victoria Ocampo hablan de cosas totalmente distintas, y que a ella se le escapa la postulación final del otro. Reafirma, en cambio, la suya: "En esto del arte, dice, está bien que existan privilegiados. Y casi diría que no puede ser de otro modo". Es evidente que ella creía en los "grandes hombres", y que casi todo lo esperaba del "genio". El recuento de las amistades

5 También Eliot fue quien definió la "little magazine" en una carta a Karl Shapiro, el editor de *Poetry*: tiene, dijo, un solo editor, una circulación limitada y una vida corta. *Poetry*, añadía, no era más una "little review" sino una Institución. Citado por Joseph Parisi: "The Care and funding of Pegasus", en Elliot Anderson y Mary Kinzie, *The Little Magazine in America: A modern documentary history* (Pushcart Press, 1978), p. 217. En el mundo hispánico no habiendo "grandes" revistas no necesitamos el adjetivo de "pequeñas": todas, en mayor o menor medida, suelen serlo. La diferencia está en otra parte: en la dimensión "cultural" de las revistas nuestras, que suelen tener vocación de "instituciones". En los años cuarenta, aparte de *Sur*, son notables en América Latina *Orígenes* (La Habana), *Las Moradas* (Lima) y *El hijo pródigo* (México).

6 En *Sur* (No. 320, se p-oct. 1969).

así lo prueba. Pero no hay vanidad en ello sino, más bien, el íntimo drama de reafirmar sus apuestas en un escenario cambiante. Parecería que Victoria Ocampo, cuyas grandes necesidades le dieron identidad, necesitaba también probarse que había tenido razón. Tal vez ella, que era inteligente, sospechó que uno puede tener razón y estar equivocado. Los tiempos que cambian nos ponen a prueba. *Sur* era, en todo caso, una prueba resistente.

“Después de 40 años” es otra nota introductoria suya, escrita en 1970. Declara que *Sur* “se suspende”. Reitera su convicción: “En arte no cabe la igualdad ni la caridad. . . La obra está bien o mal escrita, bien o mal pensada. . . No hay más pasaporte que el talento”. *Sur*, así, sería un producto sin otra causa que la individualidad de sus colaboradores. Sin historia y sin articulaciones sociales y culturales. Felizmente, no es así. La peculiaridad americana de esta revista es esta misma discusión, directa o diferida, sobre su carácter americano, mediador. Pero una publicación que había vivido varias vidas; sólo podía sobrevivirse, remitiéndose a sí misma: luego de un número dedicado a la mujer, tres números anuales antologan ensayos, cuentos y poemas.⁷ En este último volumen, Victoria Ocampo matiza: “las riquezas de la literatura y el arte son un bien común”. Esta vez necesita responder al llamado “colonialismo cultural”: “el colonialismo espiritual” no existe, sentencia. Otro número está dedicado al cinematógrafo, que también permite una perspectiva autobiográfica. La muerte de Vittorio de Sica coincide esta vez con el número. El siguiente está dedicado a Gandhi. Victoria Ocampo, lo vemos, ha procedido a la hora de los grandes balances, y el tiempo la apremia. Mientras prepara otro número, dedicado a la traducción, muere Malraux. Ella presenta un texto sobre Malraux escrito dos años antes. Los balances son así: un anacronismo biográfico. En efecto, un número sobre Malraux viene enseguida. Pero mientras lo preparaba, muere María Rosa Oliver, colaboradora cercana, y Victoria Ocampo evoca en otra página a la amiga, memorialista ella también. Los temas finales del balance cultural de una vida coinciden con la desaparición de los amigos: la revista, de anual, se hace bi-anual, con nuevas prisas. El otro número de ese año de 1977, es para Sarmiento (a quien ya en 1938 se había consagrado uno). Esta vez ella relleva un tema poco atendido en Sarmiento: sus ideas sobre la mujer. Sarmiento ha sido un amigo de la familia Ocampo: la biografía y la historia ahora se encuentran, no menos emblemáticamente, porque al lado de Sarmiento, Victoria Ocampo es otra “civilizadora”, no sin cierto toque “bárbaro”, felizmente; como Sarmiento, ella ha hecho de la biografía, la cultura y el porvenir una forma refleja del propio

7. Karl Shapiro afirma que “A work printed in the literary magazine has only two destinations: the book or oblivion”; en “The Campus Literary Organ”, *The Little Magazine and Contemporary Literature* (MLA, 1966), p. 15. Sin embargo, podría demostrarse que la revista literaria es también una suerte de “género” independiente: hay un discurso literario que sólo puede ser posible en ella, no en otra parte. Esa

país. Forma señalada por la crítica de lo tradicional, la energía creadora, la fe en las mediaciones.

En 1978, el número dedicado al “Diálogo de las culturas” corona estos esfuerzos finales: el coloquio sobre la situación de las culturas organizado por la Unesco tiene lugar en su casa: esta reunión, dijo ella, “ha sido el sueño de mi vida”. Hace la historia de la familia, recuerda a quienes vivieron en esa casa: Tagore, Camus, Saint John-Perse, Gabriela Mistral, Roger Caillois, Graham Green. Y se despide en francés, la lengua de su infancia. Este recuento no es menos dramático: vemos aquí a esta mujer generosa y fervorosa, que ha hecho coincidir su vida con los hombres y problemas que daban forma a su tiempo. En ese acto de coincidencia realizada ella se cumplía: no importa si las discusiones de esta reunión de la Unesco no son decisivas, son otro acto en el espacio abierto por esta mujer, en efecto, única. Porque es de la naturaleza del espacio abierto el que los hechos sean más decisivos que sus consecuencias. Es un espacio de indagación, de fundación. Hay en él varias pistas dudosas, pero ninguna falsa. Durante este número murió Fryda Schultz de Mantovani, otra de las cercanas colaboradoras de la revista. A Victoria Ocampo, que parecía gustar de los hechos fortuitos, ya que podía hacerlos providenciales, estos paralelismos de la vejez deben haberla desarmado: *Sur* sólo podía concluir con su muerte, última coincidencia de su biografía protagónica.

suerte de “poética” de la revista literaria, que se produce desde las notas prologales, polémicas, reseñas, y, en general, desde el taller usualmente autoconsciente de la revista, es un discurso definitorio y una forma elocuente de su época.